

Alberto BÁRCENA PÉREZ

La guerra de la Vendée. Una cruzada en la revolución

Ed. San Román, Madrid 2015, 251 pp.

Cuando se acumulan los acontecimientos violentos en una narración hay un riesgo inevitable: el lector se preguntará, escéptico ante lo que se le transmite, si es posible tal programación de acciones malvadas. ¿Estamos ante una exageración infantil? –tal vez se preguntará–. Ese riesgo afecta –o puede afectar– a la verosimilitud del relato, a su credibilidad; por eso, el historiador o, en su caso, el cronista ha de tomar medidas ante las reacciones del lector: y esas medidas no son otras que la crítica y la atención a los testigos o a las fuentes históricas seriamente seleccionadas.

La presentación que tenemos ante los ojos es de Alberto Bárcena Pérez, que ha tenido el buen criterio de no aducir *quasi ex novo* un relato trepidante. *Relata refert*. Él sigue, y tiene buen cuidado de asegurarnos acerca de la fuente que sigue: datos acreditados, relaciones publicadas y recibidas, que nunca han sido contestadas y que, por trágicas que parezcan, nos llevarán a hacer un juicio sobre la época. En París la guillotina educó al pueblo, si a semejante brutalidad antihumana se la puede llamar instrumento de educación. ¡Vamos...! Como el ábaco de los padres escolapios

para enseñar a contar. En la Vendée intentaron hacer callar a los campesinos Y no lo consiguieron.

El lector juzgará y, comparando *La Vendée* con la *Guillotina* –ambas de la misma época y nación–, deducirá el extremismo que les dio origen. La ferocidad de la revolución está ahí, como reflexión para la historia. Los hechos hablan. La fuente de los hechos es feroz: pero es un hecho real que *La Vendée* fue escenario de varias series de sucesos *infernales* –que así se los llamó por el horror inolvidable que produjeron–.

La Vendée militar es un espacio de 10.000 kms², expresado en términos redondos. Más exactamente, el territorio concernido por la guerra brutal que contemplaremos limita al Norte con el curso del Loira –desde Saint-Nazaire a los Ponts-de-Cé–. Al Este limita con una línea imaginaria que desciende de Norte a Sur desde los Ponts-de-Cé hasta Parthenay. Los confines al Sur desarrollan una línea ondulante desde Parthenay a Saint-Giles-Croix-de-Vie, en la ribera atlántica. «Las 700 parroquias sublevadas no tienen aparentemente ninguna característica distintiva: no pertenecen a las mismas provincias (Anjou, Bretagne, Poi-

ou), o a los mismos departamentos (Loira inferior, Maine et Loire, Vendée, Deux Sèvres), ni tienen historia común, ni tienen las mismas fuentes de riqueza, incluso se oponen en determinados puntos. (...) Y sin embargo, señala Doré-Graslin, estas parroquias responden todas ¡presente!, cuando se toca a rebato, incluso si el corazón no está allí. (...) ¿Por qué la Vendée y no el resto de Francia? se preguntan algunos historiadores. Cuestión mal planteada. En efecto cuando el levantamiento vendeano, no sólo la Vendée, sino un cierto número de departamentos están en plena efervescencia; al oeste de Francia y al sudoeste (Caen y Bordeaux se proclaman independientes), en el sudeste Toulon se entrega a los ingleses, Lyon se transforma en campo fortificado). En efecto, en la primavera del '93 el gobierno central no logra obediencia sino de sólo unos 30 departamentos a lo sumo. La revolución decepciona; peor, la revolución da miedo» (R. SECHER, *Le génocide franco-français. La Vendée vengé*, PUF, 3ª ed. 1989, 31-32).

Para entender esta historia –ejemplo de la fidelidad de un pueblo compacto e integrado que supo dar una respuesta tan firme a la revolución– comencemos por el principio. Ya sé que no todos estarán de acuerdo con esta interpretación que damos; pero la brindo al lector, porque es la *res recepta* desde hace más de dos siglos –como puede verse en las imágenes sencillas desde allí difundidas: en las vidrieras de las iglesias, por ejemplo, donde siempre las han visto e interpretado en este sentido. Los hechos se siguen unos a otros como las olas del mar.

En 1673, había nacido en Montfort-la-Cane –en el corazón de la Bretagne– un chaval indómito que recibió un nombre cristiano y, además, patriótico. Fue llamado Louis Marie Grignon de Montfort: *Luis* por el monarca santo; *María* por la Madre

de Dios. El apellido le correspondió por sus padres. Hombre de gran temple, de carácter fuerte y con un grandísimo amor a la Virgen María. En 1700 recibió la ordenación sacerdotal. Empezaba el siglo de la Revolución. Se decía que Luis XIV había empezado a gobernar después de la Fronda. Al nacer el futuro monarca ya tenía dos dientes e interpretaron que lo venido al mundo era una naturaleza que, como los grandes galeones, conseguiría ser el Rey de los océanos. Y cuando le vieron que gobernaba él solo, sin admitir ayudantes inoportunos junto a él, interpretaron que había llegado el que llevaría la estrella de Francia a su zenit. La Francia de la segunda mitad del XVII y de los primeros años del XVIII es la de la *culture rayonnante*: años en que se construye el Château de Versailles y sus jardines generosos. En la corte del Rey Sol todo brillaba: incluso los escándalos encubiertos con la gracia y el *sans façon* de aquellas grandes damas que se alimentaban de presunción más que de impureza comprobada. Madame Maintenon ocupaba su puesto de Venus junto al Sol que gobernaba.

Entre tanto, el joven sacerdote Grignon de Montfort trabajaba su propio campo, en la porción que le tocaba. Con ambición: con el afán santo de poner al pueblo a los pies de María y con el deseo de enseñar a las almas más sencillas a tratar a Jesús y a ser dóciles al Espíritu Santo. Hablaba a los sencillos como se habla a los hombres: con voz vibrante, con fuerza. No como un funcionario que cumplía con sus obligaciones. Aunque no lo supiera, le quedaban pocos años. Su muerte se iba a producir el 28 de abril de 1716. Acertaba con su carácter fuerte, que le vino de perlas, porque lo puso al servicio de su ministerio de la predicación. Los pueblos se convertían y amaban sencillamente y con entereza a aquel predicador convencido y ardoroso.

El Concilio de Trento había terminado en 1565, pero en 1615 –cincuenta años más tarde– la iglesia francesa recibía los decretos conciliares que el pueblo cristiano recibió con pasión y leyó como una primicia. Todo un conjunto de reformas e iniciativas venía a enardecer al pueblo francés que se disponía a escuchar en el propio idioma las palabras sagradas de la fe de la Iglesia. Les llegaba nueva, descendiendo de los Alpes; aunque hubiera transcurrido medio siglo, era la primera vez que escuchaban lo que había dicho el Concilio de Trento. A partir de 1640 comenzaron a comprobar las primeras reformas. Una renovación muy creativa. Una crecida torrencial del entusiasmo: surgían los primeros seminarios franceses que se multiplicaban sobre la piel de la Primogénita de la Iglesia; comenzaba una nueva y cuidadosa formación del clero, numerosísimo y deseoso de oír para practicar, caminar y difundir lo que consideraban un tesoro. Surgía la gran época del Clero francés.

Una auténtica revitalización religiosa se difunde por Francia: no uniformemente, claro, sino con intensidades diferentes aquí y allá. Predicaciones, confesiones, procesiones, catecismos bien organizados, misiones populares, libertad para los predicadores –que si querían trabajar no encontraban dificultades en contra de sus iniciativas, incluso de sus ardientes demandas–. Pilas de libros ardían tantas veces, tras las longuísimas sesiones misioneras. Como sucederá más tarde, en los tiempos de San Diego de Cádiz en la España Católica decimonónica, la *Fille Ainée de l'Église* madrugaba para ejemplo de Europa. Ya para entonces San Vicente de Paúl había predicado 700 tandas de misiones, San Juan Eudes 117, y otros predicadores habían alcanzado también números muy elevados. Es decir, que nadie se extrañaba

del celo de las aparentemente desmesuradas iniciativas de los que buscaban entregarlo todo por amor. Clemente XI sació los ímpetus de Louis Marie Grignon de Montfort nombrándolo *misionero apostólico* y dándole una consigna: revivificar el espíritu cristiano en todos los fieles y prepararlos para renovar las promesas del bautismo, haciéndolas conscientemente, como si fuera la primera vez, como si fuera la última vez, como si fuera la definitiva oportunidad de entregarse a Cristo por entero.

El celo de San Luis María caló muy hondo. Y aquí está la razón de su perduración a través de los años. Llama la atención en las pinturas de Thomas DeGeorge (1837), el sencillo espíritu de aquellos campesinos que aparecen en sus pinturas en actitud conmovedora, captada como si se tratara de un verdadero retrato. La pintura del buen *Charles Melchior Artus Marchis de Bonchamps* merece una parada de reflexión. La llegada de la revolución fue un choque tremendo con la realidad espiritual que estaban viviendo aquellos aldeanos y aquellas familias de la clase media y de la nobleza del campo, que habían concurrido a la Misa durante muchos años mezclados con el pueblo fiel y campesino –tal como era–, y que sentían de verdad la *Fraternité cristiana*.

Se comprende el gran empuje de aquel clero de pasadas generaciones, que había formado en el espíritu cristiano a amplias regiones francesas, y que ahora chocaba con un gobierno revolucionario. Habían pasado más de setenta años desde la muerte de aquellos sacerdotes y aún vivían las gentes de la *champagne* de aquellas mismas devociones ardientes aprendidas entonces. «La motivación religiosa está, por encima de cualquier otra, en el origen de la rebelión vandeana; la tensión en la zona fue en aumento con el exilio de los sacerdotes

refractarios y la llegada de los juramentos, inaceptables para la mayoría de la población. Las prácticas religiosas formaban parte de la vida cotidiana de aquellas gentes; les resultaba inimaginable vivir sin ellas. Lo supeditaron todo a su fe, manteniendo su fidelidad al Evangelio, a los buenos curas, a la Iglesia verdadera. No dudaron en tomar las armas arriesgándolo todo. Parecían aplicar la máxima benedictina de «no preferir nada a Cristo» (p. 245). Puede decirse que así es la conclusión de este libro veraz, emocionado y concebido –justo es decirlo– en beligerancia.

Por eso, añade: «Compartieron como pueblo un verdadero espíritu martirial; el

mismo que se haría visible en todas las persecuciones religiosas del siglo XX europeo. Fueron abanderados –ellos, los llamados supersticiosos, defensores de la tiranía–, de una lucha por la libertad en su dimensión más íntima y sagrada; la de la conciencia.» (p. 246).

El libro que presentamos es sencillo. Lo que se narra en él se conocía de antemano. Pero merecía la pena difundir estos contenidos que nos hablan de héroes cristianos anónimos, pero que miraron a la muerte sin temor. Por amor a la Virgen y a Cristo, como los testigos de todos los tiempos.

Enrique DE LA LAMA
Universidad de Navarra

Lorenzo BOTRUGNO (ed.)

«*Inutile strage*». *I cattolici e la Santa Sede nella Prima Guerra Mondiale*

LEV, Città del Vaticano 2016, 746 pp.

Este voluminoso libro recoge las actas del congreso organizado por el Pontificio Comité de Ciencias Históricas del Vaticano en el año 2014. Su título recoge la famosa calificación que hizo Benedicto XV del conflicto bélico en su nota reservada a los jefes de las naciones contendientes de 1 de agosto de 1917, cuyo contenido y propuesta cayó en saco roto, aunque muchos de sus puntos fueran luego asumidos por el entonces presidente de los EE.UU., Woodrow Wilson.

El volumen cuenta con veinticinco contribuciones, aparte de la presentación, introducción y mensajes protocolarios. Estas aportaciones aportan el punto de vista de una docena de tradiciones historiográficas diversas y una distribución geográfica amplia, predominando las contribuciones europeas. Las contribuciones podrían divi-

dirse en tres grupos. El primero habla de las órdenes religiosas, muchas de ellas obligadas a trasladarse cambiando por completo la geografía monástica de algunas regiones; las mujeres, las misiones católicas, la orden militar de Malta, las iglesias ortodoxas, la masonería, los capellanes de guerra. El segundo grupo de contribuciones está consagrado a los países afectados por la guerra: Francia, Austria, España, Inglaterra, Irlanda, Polonia, Eslovaquia, Estados Unidos. El tercer grupo serían cuestiones transversales al conflicto y a los diversos países, tipo instrumentalización de la religión, sacralización de la guerra, división de los católicos, intentos pontificios de pacificación. El libro proporciona un índice de nombres y lugares.

En general, podemos afirmar que bastantes contribuciones aportan novedades a